cfp 35-36 Thomas Ellwood 1659 —Sí, un cuáquero

Thomas Ellwood era hijo de un hidalgo con propiedades cerca de Oxford. Narra en su diario cómo llegó a ser convencido al cuaquerismo y lo que sufrió por la oposición de sus parientes. Su rechazo a las costumbres de cortesía formal le causaba serios problemas, incluso cuando su padre lo golpeó por no quitarse el sombrero ante él, y lo encerró en casa durante varios meses.

35.
Deseaba asistir a otra reunión de los cuáqueros, y mandé al sirviente de mi padre a averiguar si había alguna en la comarca. Me respondió que había oído en casa de Isaac Penington que iba a haber una en High Wycombe el próximo jueves. Fui allá, aunque estaba a una distancia de siete millas, y para que pensaran que yo iba de caza llamé a mi perro sabueso al lado de mi caballo. Al entrar en la casa … vi la gente sentada en una sala, y entrando me senté en el primer puesto vacío en un banco junto a la puerta, teniendo mi espada ceñida y vestido de negro, cosas que algunos notaban. Después de poco tiempo alguien se paró y habló, una persona que después conocí muy bien (era Samuel Thornton). Lo que dijo me fue muy útil y apropiado, y dio en el blanco como si se dirigiera a mí.

Tan pronto como terminó la reunión y la gente empezó a pararse, yo salí rápido porque estaba junto a la puerta y me apuré a la posada; monté inmediatamente y cabalgué a casa. Según recuerdo mi padre no se dio cuenta de mi ausencia.

Esta segunda reunión, como el remache de un clavo, confirmó y fijó en mi mente esos buenos principios que había absorbido en la primera… Así empezaron a desgastarse la perturbación y confusión general de la mente que me habían oprimido y agobiado durante varios días sin que pudiera distinguir ninguna causa específica; algunos vislumbres empezaron a brotar en mí, y me hacían ver mi condición interior ante Dios…. Veía que, aunque había sido preservado en gran medida de las inmoralidades ordinarias y las grandes manchas del mundo, sin embargo el espíritu mundanal había reinado en mí hasta ahora, y me había descarriado hacia el orgullo, la lisonja, la vanidad y lo superfluo, cosas que nada son. Descubrí que crecían en mí muchas plantas que el Padre Celestial no había sembrado, y que todas, de cualquier tipo que fueran, y a pesar de su apariencia llamativa, tenían que ser arrancadas.

También recibí una nueva ley, una ley interior sobreimpuesta a la exterior — la ley del espíritu de vida en Jesucristo — que obraba en mí contra todo mal, no sólo en hecho y palabra, sino también en pensamiento, hasta tal punto que todo fue llevado a juicio, y sentencia fue pronunciada en todo. Entonces no pude continuar mis viejas costumbres ni mi anterior camino, porque cuando lo hacía, el juicio me caía encima.

Fue así que empezó a revelarse delante de mí un camino en el cual andar, directo y evidente, tan evidente que ningún viajero, no importa cuán débil ni simple … podría extraviarse mientras lo seguía; el error sería salirse de este camino. Vi que este camino era la medida de la Luz Divina que en mí fue revelada, que me enseñaba esos males de mi conducta que debía abandonar y dejar atrás.

Ellwood narra un encuentro con sus antiguos compañeros de la Universidad de Oxford del que salió bien.

36.
Un grupo de mis conocidos me vieron y se me acercaron. Uno vestía su toga académica, y otro era cirujano en la ciudad… Cuando vinieron, me saludaron como de costumbre, quitándose los sombreros, haciendo una reverencia, y diciendo, "Su humilde servidor, Señor," sin duda en espera de que yo hiciera lo mismo. Se maravillaron al verme inmóvil sin quitarme el sombrero y sin inclinarme para saludarlos con las usuales cortesías. Por un buen rato se miraron entre sí, y después me miraron a mí, y de nuevo unos a otros, sin decir ni una palabra. Por fin el cirujano … me puso la mano en el hombro de manera amistosa, me sonrió y dijo, "¡Qué, Tom, un cuáquero!" A esto le repliqué con buen humor, "Sí, un cuáquero." Al salir las palabras de mi boca sentí el gozo brotar en el corazón, porque me alegraba de que no me habían hecho recaer en la conformidad con las acostumbradas cortesías, y porque me habían sido dado[1] fuerza y valor para confesarme miembro de ese pueblo menospreciado.

---

[1] He aquí un buen ejemplo de la construcción que llamamos "voz pasiva teológica" — La voz pasiva se usa con mucha frecuencia en inglés cuando el autor no quiere especificar al agente del verbo; en español generalmente se usa la forma reflexiva. Por ejemplo, el inglés *"The paper was lost"* se traduce como "el papel se perdió." Pero cuando queda claro que el agente es Dios, recurrimos a la voz pasiva teológica que borda en lo poco idiomático en español, pero que mejor reproduce la intención del inglés. En este caso, se entiende que Dios le dio la fortaleza a Ellwood, pero él evita decirlo directamente.